

SOBRE LA ACTUALIDAD POLÍTICA DE WALTER BENJAMIN

REYES MATE*

reyes.mate@cchs.csic.es

Fecha de recepción: 22 de diciembre de 2010

Fecha de aceptación definitiva: 29 de diciembre de 2010

Quiero exponer lo que considero más actual de W. Benjamin en relación con la primera de sus Tesis *Sobre el concepto de historia*. Ésta tesis es programática. Arranca con una revisión de los fundamentos de la Ilustración histórica, a saber, la relación entre razón y religión. Benjamin propone un nuevo punto de partida: la “entente” entre el materialismo histórico y la teología. ¿Qué se quiere decir?

Habermas, en su artículo “Bewusstmachende oder rettende Kritik”, contrapone la crítica de la cultura en Marcuse a la crítica del arte en Benjamin. Para Marcuse la cultura burguesa sería una creación ideal, una ficción, en la que la felicidad es posible pero al precio de enmascarar la realidad miserable. Lo que propone es una abolición del arte autónomo y supeditarle al proyecto de cambio político

Benjamin tendría, en su crítica del arte autónomo, una estrategia conservadora. Lo que se propone es salvar un momento de verdad oculto que es clave para el presente. Es el *Jetztzeit*, es decir, el tiempo, “ese fruto substancioso” que “esconde la historia en su interior como semilla preciosa aunque carente de sabor” (Tesis XVII).

Ahí ya se establece una relación entre el tiempo y el presente, una “causalidad mística” del pasado sobre el presente que explica a la “débil fuerza mesiánica del presente sobre el pasado” (Tesis II). La presencia de ese pasado puede salvarnos del enemigo que nos amenaza hoy como amenazó ayer.

¿Qué enemigo es ese? El destino, la concepción de la historia como destino o como naturaleza. Estamos hablando del dominio del destino mítico que se nos impone fatalmente como si fuera nuestra naturaleza.

Notemos ya la estrategia materialista de Benjamin: para hablar de historia en su sentido, es decir, para hablar de futuro (*novum*), hay que escapar a la seducción del

*CSIC.

destino que es repetición ahora de lo de siempre (“*Das Immergleichen am Neuen*”). Pero Benjamin no recurre a la utopía, sino a lo que hay de nuevo en lo de siempre (“*Das Neue am Immergleichen*”), es decir, no hay que amortizar el mito (que es la base del destino), sino liberar su potencial semántico.

Esto se puede aplicar al progreso que es malo si anuncia un futuro que es más de lo mismo; o bueno, si rescata del pasado lo no amortizado. El núcleo de verdad que Benjamin persigue en su crítica del arte no consiste en destruir el misterio, sino en una revelación (*Offenbarung*) que haga justicia a lo pendiente, a lo no amortizado, es decir, al deseo frustrado de felicidad.

Esto nos lleva al aspecto místico o teológico del discurso benjaminiano. Su punto de vista es profano o laico (Benjamin es un ilustrado o un dialéctico de la ilustración no un postmoderno actual). Lo suyo es pasar de lo “*esoterisch*” o secreto a lo “*exoterisch*” o público. Lo suyo es la profanación de lo misterioso, “la iluminación profana”. Bien es verdad que es una profanación “controlada” pues no se lleva a cabo a través de una elaboración subjetiva (“*durch die Arbeit*”), sino a través de la mimesis, de una teoría mimética del lenguaje, del lenguaje como denominación. Esa teoría del lenguaje pone de manifiesto, por un lado, el poder de la cosa, de la materialidad, de la naturaleza (y de la dependencia del lenguaje respecto a esa naturaleza), pero también de la necesidad de liberarse de ella para constituirse como lenguaje. Y este es el otro aspecto. En ese liberarse de la materia libera el contenido mesiánico que está encerrado en el origen. Y nos podemos preguntar ¿cómo?, ¿qué hay de mesiánico, de salvífico para el presente en ese pasado?

La respuesta es el *Jetztzeit*, el tiempo-ahora, es decir, lo que hay de vivo o pendiente en una historia que a los ojos de los demás está tan muerta e inerte como la propia naturaleza.

Pero ¿por qué fiarse tanto de ese pasado no amortizado? ¿Por qué pensar que ese pasado nos sirve para algo, nos dice algo? Ese pasado ¿tiene alguna posibilidad, alguna potencialidad activable?

La respuesta idealista o teológica a esa pregunta es que sí porque ese mundo ya ha sido redimido en Dios. Contamos en este caso con una instancia extrahistórica que premia a los buenos y castiga a los malos. En la teología el pasado ya está redimido y puede pretender presentarse, hacerse presente, con la autoridad de quien está vivo y se le ha hecho justicia. Su autoridad consiste en decirnos que lo que se hizo con él se hará con nosotros

Pero por ahí no va Benjamin, entre otras razones porque en pleno nazismo no había razones para hablar de justicia ni respecto al presente ni respecto al pasado. Benjamin busca otra respuesta que no es teológica ni tampoco marxista porque no supedita la salvación que busca al logro de una sociedad política y socialmente reconciliada como era la pretendida por el marxismo.

Su respuesta por la potencialidad semántica del pasado tiene que ver con una determinada teoría de la experiencia. ¿Qué dice esa experiencia? que no hay que confundir pobreza con dominación, ni pan con libertad, ya que puede haber un sistema que cree riqueza pero no promueva la libertad (el caso de China hoy y de la Unión Soviética ayer); que promueva la justicia o la libertad o la emancipación respecto al dominio político, sin que eso signifique que prospere económicamente

¿Qué hacer entonces? pues que hay que pensar la emancipación política y la riqueza económica no en sí sino en función de la felicidad o del sentido de la vida (que es según Weber el gran asunto pendiente de la Ilustración). Entonces ¿quién o qué da sentido u orientación colectiva, política? El *Jetztzeit*, la injusticia hecha a los muertos, la atención a la injusticia hecha a los muertos. Esa es la garantía de la justicia a los vivos. El sentido político a la vida es la justicia universal, la justicia mesiánica, ésa que habla de felicidad y redención.

Habermas dice que este planteamiento –que empieza siendo una crítica del arte, no lo olvidemos– no es político, como sí lo era el de Marcuse, que no lleva a la acción política, es decir, que sólo es crítica cultural. ¿Tiene razón?

Lo que Benjamin propone es un tipo de política que mire hacia atrás, es decir, que incluya la responsabilidad histórica (no sólo hacia adelante sino también hacia atrás), es decir, Benjamin liga política y memoria. Esto obliga a repensar la democracia liberal de arriba abajo porque ésta exige ser concebida inmaculadamente. No tiene padre ni madre. Nada hay anterior a la autoridad de la libre decisión del sujeto. Ni prioridad lógica ni histórica. Con Benjamin habría que pensar la política teniendo en cuenta el tiempo, es decir, como deuda y duelo. Y eso no parece que sea un asunto políticamente menor.